

LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 168.—1.º de Marzo de 1877.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

MORAL MÉDICA.

Los amigos de los pobres, los compadecen mucho cuando están enfermos, y enumeran tristemente los males con que la pobreza agrava la enfermedad.

La reducida vivienda lóbrega y sin ventilacion, ó sin resguardo contra las corrientes del aire, y donde se siente el exceso del calor ó del frio.

La mala cama, falta de ropas para el aseo y para el abrigo.

La falta de sosiego material con la de silencio, imposible en una casa de vecindad, y en una habitacion en que están apiñados, su familia y otra ú otras; cuyos niños no atienden, ni hay quien les haga entender, cuánto mortifican al doliente.

La intranquilidad del ánimo, viéndose inhábil para el trabajo, único recurso de su familia.

La angustia, observando como pasan á la casa de empeño su reducido equipo, y los objetos menos despreciados de su ajuar.

El poco agrado de los que le rodean, á quienes la miseria ha sujetado á una prueba mayor que su virtud.

La carencia del alimento que le apetece ó le conviene, de la bebida que le seria grata, de la medicina, que á su parecer le curaria, y que en efecto podria contribuir á su curacion.

La dificultad de hallar médico.

Las alternativas de ruido insoportable y desconsolada soledad, en aquellas horas eternas que dan infinito precio á la compañía.

El breve sueño, interrumpido por el llanto de un hijo que llora de hambre.....

¿Hay más desdichas para el enfermo pobre? ¿Puede haber más? Sí, es posible que haya más, hay más todavía. El médico que le asiste, podrá ser hombre de ciencia y de conciencia, prudente y humano, para quien un enfermo, pobre ó rico, es una cosa sagrada, porque representa la idea del deber: un médico, que si es jóven, desconfie mucho de sí, y aunque tenga larga práctica, no sea confiado, ni menos jactancioso: un médico que no llame experiencia á algunos hechos mal observados, que no se apresure á generalizar, ni á sacar conclusiones erróneas de premisas inexactas: un médico que tenga muy presente el deber de todo hombre, de *no hacer mal*, que está antes que el de *hacer bien*: un médico que esté persuadido, de que en medicina como en todo, y acaso más que en nada, hacer bien es más difícil que hacer mal: un médico que, en la duda, se abstenga: un médico que no considere al enfermo pobre como *ánima vili*, donde haga sus experimentos; todo esto puede suceder, y sucederá muchas veces: nosotros hemos visto, con frecuencia, pobres asistidos con esmero, con circunspeccion, y probablemente salvados por la ciencia, dignamente representada por quien no la separa de la humanidad y de la justicia; ni se permite con los pobres atrevimientos y *probaturas*, que no haria con los ricos. Pero tambien es posible que el pobre, además de las desdichas que hemos deplorado, tenga la de servir para los ensayos de algun jóven doctor, como el que ha escrito y publicado las palabras siguientes:

La clientela pobre, es el taller, el laboratorio, donde verificamos nuestros experimentos; así es, que introduce en el CRISOL ORGÁNICO la sustancia química que iba á analizar. Luego, continúa relatando el ensayo hecho con un mendigo, y su resultado satisfactorio. No es de nuestra competencia juzgar el punto científico, aunque el simple buen sentido tal vez podría oponer algun reparo á ciertos razonamientos; lo que nos incumbe es la cuestion moral y de humanidad, tan lastimadas en ese escrito que no hemos podido leer, sin indignacion y sin pena.

LA VOZ DE LA CARIDAD no puede faltar á ella con nadie; calla el nombre de quien tal hace y dice, y suprime calificaciones durísimas, inspiradas por esas palabras crueles. Lo que no puede callar porque no debe, son algunas consideraciones á favor de esos *crisoles orgánicos*, hijos del Padre celestial, hermanos nuestros, que tienen una alma como nosotros, una vida que por

infeliz no deja de ser sagrada, y acaso más necesaria y más útil, que otras existencias brillantes á cubierto de atentados más ó menos científicos. ¡Miseros enfermos pobres! Si pudiera ver con ojos enjutos y sin protestar, que vuestro cuerpo doliente es considerado como *taller y laboratorio*, creeria faltar á un amigo de toda la vida, contemplando su desdicha con dura calma y silencio indigno.

¿El autor del escrito á que nos referimos será el único que considere la clientela pobre como taller? ¿Será frecuente considerarla así? No creemos ni lo uno ni lo otro, sino que, por lo general, los médicos aplicarán la ciencia á los enfermos pobres como á los ricos, porque esta regla tendrá excepciones. ¿Cuántas? ¡Quién lo sabe! Hagámonos bien cargo de lo que es una excepción de estas.

El abogado deja escrita su ignorancia en el pedimento, el arquitecto en la casa mal distribuida ó que se desploma, el ingeniero en el puente que se cae, el sacerdote en el sermón que escandaliza ó hace reír. Todas las profesiones, más ó menos, dejan algun rastro, alguna responsabilidad aunque sólo sea moral, algun medio de juzgar á los que las ejercen con poca ciencia ó poca conciencia, ménos la medicina, que practicada en ciertas condiciones, cubre sus errores con la tierra de la fosa comun. ¿Quién sigue al médico ignorante y atrevido á la casa del pobre, á la sala del hospital, donde ensaya sus combinaciones, atribuyendo á ellas la obra de la naturaleza que á pesar de ellas cura, encomiándolas cuando á su parecer salen bien, callando si tienen un resultado funesto?... La naturaleza está allí para reparar infinitos errores del médico, para ser responsable de ellos con aquella frase de *la última enfermedad nadie la cura*. Sin ser médico, y médico experimentado, será difícil imaginar el daño que puede hacer el ignorante atrevido, que es además presuntuoso, y no teniendo á cargo de conciencia hacer ensayos en la clientela pobre, la convierte en laboratorio. No hay nada allí que le pueda contener ni castigar. Ni asistentes asiduos y observadores, ni deudos que pidan junta, guarden las recetas, y con ellas en la mano, sujeten al médico de cabecera á un tribunal competente, que pueda condenarle y desprestigiarle. A la cabecera del pobre, está solo, es dueño absoluto de calificar la enfermedad como le acomode, de tratarla como le parezca, sin que nadie le pida cuenta por el mal que haga, ni le sospeche siquiera; y aun podrá suceder, lo cual es horriblemente repugnante, que muera agradecida la víctima de ssu

ensayos, el *crisol orgánico*, que tomó por interés de humanidad el interés que inspiraba, *científico ó charlatanístico*, según los casos, y perdónesenos la palabra, por no encontrar otra que exprese la idea.

¿Qué hacer? ¿Hay algún medio de poner á los enfermos pobres á cubierto de ensayos tan arriesgados? Ninguno que evite el mal absolutamente, pero algunos podrían atenuarle.

Lo primero, sería añadir á las asignaturas de la carrera de medicina una de *moral médica*. Los hombres, por regla general, no son ni muy malos, ni muy buenos, y hacen muchas veces mal, los más acaso, por insustancialidad, por aturdimiento, por no saber lo que hacen. El profesor de moral médica, tendría mucho y muy útil que decir, y entre otras cosas:

Que lo primero, para ser buen médico, es ser hombre honrado.

Que lo segundo, es ser prudente.

Que su cargo es, entre otras cosas, un cargo de confianza, siendo un indigno abuso de la que le dispensa el enfermo, convertirle en objeto de ensayos, traicioneramente.

Que ningun médico debe permitirse estos ensayos por *sí solo*, sino consultar con otros, y solo en casos que se juzguen desesperados, y despues de tener junta, y consultar con el enfermo y su familia, atreverse á innovar en cosa de alguna importancia, etc., etc.

Ya sabemos, que á pesar de la clase de *moral médica*, habria algun médico que no la tuviese, y que hay muchos que no la necesitan; pero tampoco nos cabe duda que algo y ventajosamente podria influir en los jóvenes que empezasen la carrera de medicina el que se les llamara con insistencia la atención sobre la moralidad del médico, tan indispensable, tan de continuo puesta á prueba, tan pocas veces meditada cual su importancia merece.

Hemos oido á médicos muy inteligentes y experimentados, y hemos observado tambien nosotros, que los jóvenes, si no son instruidos y circunspectos, tienen la peligrosa tentación á que algunos ceden de recetar mucho y hacer combinaciones, innovaciones y ensayos. Se comprende: la ignorancia es atrevida, la juventud jactanciosa y resuelta, y el médico novel está impaciente por hacerse notable ó famoso, supliendo con alguna invencion el tiempo que le parece tardo para su honra y para su provecho. Sería, pues, medida humanitaria no dar el servicio de ningun hospital, de casa de beneficencia, de socorro, ni en

fin, de clientela pobre, cuya existencia pagase el Estado, la provincia ó el municipio, á ningun médico que no llevara diez años de práctica: aun así abusarian los imprudentes de poca conciencia, pero el taller no seria tan grande.

Las personas que visitan pobres, tambien podrian protegerlos contra los médicos que los convierten en *crisol orgánico*, buscándoles alguno digno de confianza ó teniendo un poco á raya la excesiva del ensayador, lo cual se conseguiria á veces con sólo hacer entender que habia quien observaba, guardaba las recetas, podia pedir una consulta, etc., etc.

Ojalá que los que puedan hacer algo en este sentido, por los enfermos pobres, quieran; nosotros hemos hecho lo que podiamos, que servirá para descargo de nuestra conciencia, más bien para ponerlos á cubierto de un mal de mayor gravedad de lo que se imagina, y ménos conocido de lo que serlo debiera.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 19 de Febrero de 1877.

LA LOCURA.

Si pasamos revista concienzuda á las muchas y variadas desventuras que afligen á la criatura humana, desde que viene al mundo con llanto hasta que sale de él con el estertor doloroso de la agonía; desventuras que forman la expresion gráfica de ser esta vida *valle de lágrimas*, quizá no se encontrará otra más terrible ni más intensa que la enagenacion mental.

Dios nos dió la razon para comprenderle, para llenar los diversos fines con que nos crió, para pensar, para sentir, para mantener esas relaciones de familia y de sociedad que constituyen la vida civilizada, y sin las cuales no se concibe más existencia posible que la del anacoreta en el desierto. Perder, pues, la razon, parcial ó completamente, es quedar privada el alma de sus sensaciones más triviales, de sus manifestaciones más indispensables, quedar rebajada la voluntad al instinto ó aun ménos todavía, y reducido el espíritu á las condiciones casi de la materia inconsciente; pero esto, no con la insensibilidad de las cosas inanimadas, sino con sufrimientos indescifrables

porque el paciente no puede explicarlos. ¡Hé aquí la locura! ¡Tal es la terrible desgracia de quien la sufre!

Acaso no se comprende bien la índole de este infortunio, superior á todos. El que lo presencia no se fija quizás en lo inmenso de tal desgracia, y por eso se ve á veces el espectáculo absurdo, repugnante, la costumbre salvaje é impropia de seres humanos, de ridiculizar y aun de hacer objeto de gracejo y de diversion el cuadro triste que ofrecen las palabras y los hechos irrazonables de los dementes.

El extravío de un juicio, que les hace hablar y obrar de un modo tan distinto de las demás personas, suele excitar la irritación, cuando debiera excitar la compasión más profunda y justificada. El que no la sienta ante el espectáculo de la locura, ó no tiene corazón, ó es, por otro estilo, tan insensato como el pobre insensato á quien hace burla ó cuyos extravíos mira con indiferencia.

Siendo, pues, una desgracia tan terrible, la Administración del Estado y la caridad pública y privada no la abandonan ni pueden abandonarla, sobre todo cuando recae en las clases pobres. No tener salud, ni casa, ni ropa, ni recursos, ni esperanzas, ni goces, ser mendigo, ciego y abandonado, todo eso es preferible á la locura; todo es soportable, mientras queda la razón para buscar consuelos en la idea divina ó en las reflexiones humanas... Pero ¡pobre y loco!... Apenas cabe grado mayor de infelicidad.

La caridad ha tardado en comprender lo que de ella tienen derecho á esperar estos desgraciados. Hasta fines del siglo pasado se consideraba al demente casi como á una fiera, y no se empleaba con él más procedimiento que el encierro para que no hiciera daño, y el palo para exigirle sumisión. Las jaulas de los locos y los látigos de los loqueros, han llegado á nuestros días como lamentable muestra de lo que la sociedad hacía, cien años atrás, con los seres que más necesitaban de sus cuidados compasivos. Hasta el lenguaje de los refranes, que se supone, y lo que es á veces lacónica y discreta expresión de verdades, se impregnó de aquel extravío de ideas tan generalizado, y lanzó el falso y estúpido axioma de que el *loco por la pena es cuerdo*.

Hoy, felizmente, la opinión pública, mejor ilustrada, ha condenado á esas ideas y esos procedimientos; y desde que el sabio y filántropo médico Pinel rompió las cadenas de los dementes y demostró, que siendo en su esencia inofensivos, no deben ser tratados como criminales, por ser esto cruel é innecesario, la

ciencia ha puesto el veto á las durezas absurdas de los guardianes de locos, y la caridad se ha encargado de dulcificar su tris-tísima situación.

Efecto de esa saludable reforma de ideas ha sido el trato que hoy se da á los enagenados en los establecimientos destinados para este objeto; pero, sin embargo, todavía dista esto mucho de la perfeccion y todavía se necesita que la ciencia y la caridad, obrando de comun acuerdo, perfeccionen el sistema de tratamiento de los pobres dementes.

La iniciativa particular nos ofrece en este punto un ejemplo laudable que imitar.

En San Baudilio de Llobregat (provincia de Barcelona) tiene montado hace años el Dr. Pujadas un manicomio de su propiedad, que compite con los mejores del extranjero, siendo en la parte material un magnífico sitio de recreo, y en la parte científico-benéfica un establecimiento donde se cuida á los dementes con cariño, y se les aplican con inteligencia los remedios posibles de curacion, medios que por desgracia son muy limitados todavía. Al entrar allí y ver aquellos magníficos jardines, aquellas personas cultivando la tierra, ó trabajando en otras industrias, ó jugando al billar, ó dedicándose á la música, ó leyendo en la biblioteca, nadie conoce que está en una casa de locos, ni hay de ello otro signo exterior más que el estar la puerta cerrada con una verja de hierro, siendo el portero un loco tambien, aunque pacífico.

Hay en este ramo otra necesidad y otro vacío que la Administración debiera llenar y que esperamos ocupará pronto la atención del gobierno, ya que el actual demuestra tan especial predilección hácia la mejora de los diversos ramos de la Administración.

Nos referimos á la falta de una ley de enagenados, cual la hay en Francia desde 1838. Hoy, no solo no están definidos los derechos de esos infelices, (que no han perdido los suyos á pesar de haber perdido la razon), sino que ni siquiera hay reglas prescritas para su reclusion.

Y ¡cosa rara! Nuestras Constituciones y leyes orgánicas vienen hace muchos años repitiendo garantías para que nadie sea encarcelado arbitrariamente, tratándose de seres que pueden quejarse de las violencias ó de las injusticias que sufran; y, sin embargo, no hay garantía ni regla alguna para evitar esas mismas injusticias y violencias con seres que no pueden quejarse, ó que se supone que no pueden, porque tambien esto

se presta á abusos y á verdaderos delitos cuando se trata como loco al que no lo es, ó lo es solo de una manera incompleta, que lejos de exigir encierro, pueda con éste convertirse en loco completo.

De aquí procede que, cuando hay verdadera necesidad de conducir á una persona demente al manicomio, sea público ó particular, ni la familia, ni la autoridad, ni el director del establecimiento saben á qué atenerse para legalizar ese acto tan importante y trascendental, no solo respecto al individuo sino tambien á su familia.

Esta falta se suple con formalidades que sugiere la necesidad y la buena intencion; pero todavia, cuando llenadas ya esas formalidades queda recluso el pobre demente, si carece de familia, ó la suya es indiferente ó egoista, queda allí abandonado á la voluntad de personas extrañas, que pueden tener caridad y buenos sentimientos, pero que pueden tambien no tenerlos. Para el preso, por criminal que sea, está la visita de las autoridades que van á las cárceles y á los presidios, y ven cómo se le trata; para el demente no hay vigilancia ni proteccion alguna oficial.

Este contraste es tanto más notable, por cuanto el preso ó el penado es un hombre sano y no necesita que se atienda más que á su manutencion física y á su reforma moral; pero el pobre loco es un enfermo de la inteligencia, y al llevarlo allí importa que la autoridad se cerciore, si es que no lo hace la familia, de que se le trata bien y de que se ponen los medios que puedan conducir á su curacion ó á su alivio. La ley, pues, debería comprender tambien el establecimiento de cierto patronazgo para vigilar los manicomios, y que con sus visitas frecuentes supieran lo que allí sucede con esos infelices, á fin de aplaudir lo bueno y corregir lo malo.

Esto es tanto más necesario, tratándose de los pobres, que es la clase por quien nosotros abogamos siempre preferentemente. La familia del demente rico puede encargarse á otras personas que lo vigilen; pero la del pobre, luego que logra recluirle, no tiene medios de ejercer esa vigilancia, porque generalmente, no vive en la poblacion donde está el establecimiento.

Hé aquí, pues, una reforma que no exige gasto, que solo requiere fijar la atencion y tener un poco de buena voluntad para ocuparse de ello. Creemos que esa atencion y esa buena voluntad no faltarán á nuestros gobernantes actuales y especialmente al Director general de Beneficencia y Sanidad. De

ellos esperamos el remedio fácil para esta necesidad tan grande.

FAUSTO.

ANGELA Y PAULA.

(OTRAS FLORES MENUDAS.)

Hace algunos años fui á pasar el verano á uno de los alegres y pintorescos pueblecillos que, como guirnalda de perfumadas violetas, rodean el valioso florón de la metrópoli catalana. En mis frecuentes paseos, llamóme la atención una anciana sentada á la puerta de su pobre vivienda con una niña en su regazo. Esta tendría nueve años, aunque solo representaba seis; era pálida, enfermiza, y sus vendadas piernecitas decían que la infeliz estaba baldada. Vestía unas sayas muy limpias, pero muy remendadas; su jubon, un tiempo negro, se hallaba descolorido por el uso, y un sencillo pañolito de algodón rodeaba su cuello, anudándose á la cintura. Este traje tan pobre de la niña, formaba extraño contraste con el lujo de sus hermosos rizos, tan luengos y tan rubios, que parecían de oro. Verdaderamente que el último mendigo del pueblo no hubiera ganado gran cosa en trocar con ella su atavío; pero en cambio, muchas de las aristocráticas y opulentas damas que habitaban las granjas circunvecinas, debieron envidiarle aquel magnífico y natural adorno para las cabezas de sus dichosos hijos.

Es la imaginacion tan amante de todo lo maravilloso y tan propensa á forjarse fábulas y consejas, que de súbito creí entrever un misterio entre aquellos opulentos rizos y aquellas sayas remendadas. Vivísimo fué, por lo tanto, el interés que me inspiró la tierna y agraciada enfermita. ¿Qué es ese armónico impulso que une en un instante las voluntades y los corazones, sin que para ello sea obstáculo la diferencia de edad, posición y sexo? Compréndese que á mí me interesara aquel sér débil, enfermo y hermoso; pero ¿quién se lo reveló á su vez? ¿cómo lo supo? ¿Por qué muy luego correspondieron á mis miradas las de la niña, dulces y afectuosas? Sus ojos eran límpidos y azules como el puro y hermoso cielo, testigo de nuestra mútua simpatía y cariño naciente.

La imágen de la niña comenzó á seguirme por todas partes. Un dia bajé á Barcelona pensando en la pobrecita baldada, y regresé al pueblo en compañía de una gentil muñeca. Al ofrecérsela, la niña estaba sentada en un carrito de mimbre, y la anciana trabajaba á su lado en una colcha de punto. Aquella dirigióme una mirada más dulce y expresiva; pero en vez de

aceptar mi presente, interrogó con los ojos á su compañera.—Puedes tomarla, murmuró esta con tono breve.—¿Me la envía padre? preguntó vivamente la niña.—No: te la regala esta señora; dále las gracias, profirió la anciana, sin levantar los ojos de la labor.

La niña no dijo una palabra; pero con un rápido movimiento que agitó sus cabellos como una ráfaga de luz, volvió su linda cabeza é imprimió un beso en mi mano, que descansaba en el respaldo del carrito.—¿Cómo te llamas? le pregunté conmovida.—Angela, contestó.—¡Angela! repetí, ese es un nombre que yo amo mucho; á haber sabido que tú lo llevabas, más linda hubiera sido la muñeca; pero mañana te traeré otra cosa.—No se moleste usted más, murmuró la anciana.

En tanto, Angela había sentado la muñeca sobre sus rodillas y conversaba amigablemente con ella; pero no con esa charla rápida y animada, común á la alegría de su edad, sino con un tono dulce, triste y pausado; parecía intentar comunicarle sus penas é infundirle vida con sus sollozos. La voz de Angela era melódica, suspirante, de esas voces que penetran hasta los más hondos senos del corazón, y evocó en mi memoria el acento de la persona cuyo nombre llevaba aquel acento que yo escuchaba en sueños cada noche. Entreguéme por algunos momentos á la dulce emoción que embargaba mi ánimo, y sentí que mi espíritu se aplacia en aquella anciana tan afanada en su blanca colcha, y aquella niña que explicaba sus dolores á la muñeca, como en una familia del corazón, que en aquel instante cobrara conmigo grato y estrecho parentesco.

Era la caída de la tarde, y el sol de otoño despedíase del ameno y pintoresco paisaje con sus rayos más suaves y poéticos, bañando, así la opulenta quinta, como la humilde choza, así la nevada frente de la abuela, como los dorados rizos de Angela. El chocar de las agujas de la una y el melodioso acento de la otra, eran los únicos rumores que turbaban la majestuosa calma de aquella tarde que no podré olvidar.

Salí de mi embebecimiento y pregunté á la anciana:—¿Es nieta de usted esa niña?—Sí, señora.—¿Tiene padres?—Sí, señora.—¿Hace mucho tiempo que se halla baldada?—Sí, señora.—¿No procuran ustedes por su curación?—Ya se procura.

Helada quedé con el laconismo y desabrimiento de la anciana, quien no se había dignado mirarme siquiera. Imposible me fué acallar la voz de mi amor propio ofendido, y alejéme precipitadamente, no sin despedirme de Angela, á la que cada instante quería más.

¡Pobre Angela! pensaba, en tanto que proseguía mi paseo; tierna y delicada niña, condenada á vivir con esa mujer tosca y ceñuda. Seguramente los padres estarán en su trabajo, y encomiendan la enfermita al cuidado de la ceñuda abuela. Los ancianos son egoistas y hasta crueles, me decía, porque tienen frío el corazón. Pero muy pronto mi imaginación fué más allá. La pregunta de la niña de si su padre la enviaba la muñeca, me dió á entender que no vivía con éste; y aun sospeché que

asimismo se hallaba alejada de su madre. Por otra parte, eran tan finas sus maneras, eran sus facciones tan delicadas, que acabé por convencerme de que no existía entre la enfermita y su adusta compañera otros lazos que los del sórdido interés, con que eran satisfechos sus cuidados mercenarios, Pero Angela era un sér tan dulce, tan simpático, que al punto juzgaba imposible que nadie pudiera alejarla de sí; y como la imaginación cuando se desboca no para hasta dar en el mayor absurdo, llegué á creer firmemente que la anciana había robado la niña á alguna familia distinguida, y aun la había puesto en aquel estado para excitar la general compasión y vivir á sus espensas.

Yo amaba ya á la niña, sentía un goce dulcísimo en amarla, y no acertaba á explicarme cómo había de suceder esto; pero me representaba en mi casa y entre mis muebles al modesto carrito, y escuchaba á cada instante la voz de Angela, dos veces grata y doblemente querida, y espaciaba incesantemente mis ojos en aquellas pupilas tan limpidas y amorosas, y en aquellos dorados rizos.

Pero lo urgente era averiguar la clase de relaciones que existían en verdad entre la anciana y la niña, y con este propósito volví á entrar en el pueblo, dirigiéndome á una de las calles inmediatas á la casita de Angela, la cual se hallaba un poco separada de las demás. En el portal de una modesta vivienda había dos mujeres celebrando con ruidosas carcajadas y expresivos dichos las gracias de un robusto chiquillo que, con los piés y las piernas al aire, daba vueltas en torno suyo.

La alegría de las buenas mujeres parecióme excelente ocasión para que fuesen conmigo todo lo locuaces y expansivas que era de desear.

Me acerqué preguntando por una quinta. Despues pedí un vaso de agua, y como verdaderamente me hallaba algo agitada, me ofrecieron antes tomar asiento, lo cual acepté de mil amores.

Celebré el agua, y ofrecí el azucarillo, que la acompañaba, al rapazuelo de las piernas desnudas. Este, animado con el obsequio, se acercó á tocar mi vestido. Tomélo en brazos y le senté en mi falda.

—Mire usted que la va á manchar,—dijo la madre.—Yo sonreí y acaricié al niño. Las buenas mujeres aproximaron al mio sus asientos: éramos ya las más amigas del mundo.

En aquel momento pasó un coche. El rapazuelo se agitó en mi falda y movió sus bracitos, como si el látigo del auriga hubiera pasado á sus manos.

—¿Quieres que yo te traiga un coche tan bonito como ese y pequeñito como tú?—le dije.

El niño palmoteó de contento; las buenas mujeres me colmaron de halagos. Yo ensanchaba mi corazón, oprimido por el anterior desvío, recogiendo el calor de aquellas frases espontáneas y sinceras, tan ajenas á los frios y vanos cumplidos que recibimos en las grandes ciudades. Si Angela habitara entre

esta amable gente, pensaba, no me atormentaría el deseo de sacarla de aquí. Hablamos de mil cosas; primero, de las gracias del niño; despues, de lo mucho que le quería su padre y los extremos que con él hacia cuando regresaba del trabajo; en seguida del lindo pueblecito, que, en su concepto, no le habia mejor en el mundo; y así rodando, rodando, vinimos á parar en la parálitica y su anciana compañera. — Paula es una criatura singular, dijo la mayor de mis dos amigas.

Le supliqué me refiriese cuanto podia tener relación con la anciana y la niña, y la complaciente campesina se expresó de esta suerte:

— Paula tenia un marido trabajador y honrado, y siete hijos como siete soles. Dios debió prendarse de aquellas criaturas tan rubias, tan graciosas y tan bellas. porque la una hoy, la otra mañana, se las fué llevando á su santa gloria. Sólo quedó á los infelices padres el menor de todos, y dejado de la mano de Dios hubo de quedar, ó acaso el diablo se lo reservó por suyo, porque el chico era peor que la quina. Y luego, en cuanto le castigaban se fingia enfermo, y los amantísimos padres, pensando que se les iba con los otros, acababan por darle todos los gustos. En medio de todo, el padre le enfrenaba algo; pero Dios puso fin á su sufrimiento y le sacó de este valle de dolores, dejando en él á Paula—que como mujer debia tener más resignacion y fortaleza—para apurar sola el último trago de amargura del cáliz, que el Señor ofreció á aquellos buenos esposos.

El azadon pesaba demasiado á Juanito (que este es el nombre del muchacho), y se le metió en el magin el ir á Barcelona á echárselas de gran señor y probar fortuna. A fuerza de pasos y empeños de Paula, logró entrar en una casa de comercio. El chico era listo y tenia las luces despabiladas, y tan marrullero y gachon con aquellos que queria conquistar, como con su madre brusco y desapacible. Por lo tanto, el principal le cobró aficion, y pronto le señaló sueldo.

Entonces tomó casa, y Paula marchó á Barcelona á cuidar de ella y de su hijo. El principal le aumentó el sueldo, y Juan quiso casarse, eligiendo una señorita que no sabia otra cosa que darse tono y arrastrar tres cuartas de vestido. Juan empezó á avergonzarse de su madre, y más se avergonzaba su mujer, llegando hasta negarle aquel nombre bendito, pues los dos la llamaban Paula á secas. La pobre vieja trabajaba como una azacana, ahorrándoles el tomar criada, y en verdad que ninguna de éstas hubiera aguantado el mal trato que ella sufría. Pero su presencia estorbaba á Demetria, que así se llamaba la mujer de Juan, y empezó á atizar la discordia entre el hijo y la madre, hasta que el demonio se posesionó de aquél y golpeó á la infeliz anciana.

Entonces Paula se vino á llorar al pueblo. No obstante, cada mes iba á Barcelona, aunque no veia á sus hijos, como no fuera á hurtadillas; pero inquiria aquí y allá, y regresaba tan satisfecha, si habia averiguado que el principal estaba contento de

Juan, y Demetria habia estrenado un hermoso traje. Así se pasaron algunos años. Un dia tardó en volver.—¿Si habrán hecho las paces? nos decíamos; ¿si se habrá quedado con ellos? Al cabo apareció, llevando por delante un carrito con una niña baldada.

La tenían poco ménos que abandonada en un cuarto, como un mueble inútil. A Demetria le faltaba el tiempo para ponerse galas y perifollos; Juan apenas paraba en casa; y la sola criada que habia de cuidar de ésta y de tres niños pequeños, no podia hacer otra cosa que vestir y peinar á la enfermita por la mañana, darle algo que comer, y ya hasta la noche nadie se volvia á acordar de ella. Paula lo supo y la pidió á sus padres.—Bien, dijo Demetria; mas aquí donde comen seis comen siete; las cosas van muy mal, y separada de nosotros, no podremos mandarle nada.—No importa, dijo la abuela; yo me encargo de todo. Y se la trajo consigo.

Entonces Angela no era lo que hoy, pues de no ver á nadie parecia idiota, y de tanto llorar se le habian formado unas postemas en los ojos, que la tenían casi ciega.

Sería el cuento de nunca acabar, señora, continuó diciendo la amable campesina, si yo tratara de explicarle los cuidados, la paciencia y cariño de esa mujer con su pobrecita nieta. Ella la distrae con sabrosos cuentos y dulces canciones, y aun con juegos entretenidos; la mimaba más que á las niñas de sus ojos, y por ella trabaja sin descanso, ya haciendo faenas en las casas del pueblo, ya elaborando las primorosísimas colchas de punto, que luego vende á buen precio á las señoras de las quintas. Lo que siente es que no pueda ir tan bien vestida como cuando habitaba con sus padres, y no quiere cortarles ni trenzarles sus hermosos rizos, de los cuales Angela se encuentra muy ufana, y pasa muchas horas entretenida peinándoselos con esmero.

Pero lo más extraño es que no puede sufrir que la hablen de su buena accion, y se incomoda cuando esto sucede delante de la niña, temiendo que aborrezca á sus padres ó los quiera ménos que á su bienhechora. Nada le disgusta y atormenta tanto, como que le dirijan preguntas respecto á Angela; y dice que si no fuera por el cariño que aquí todos sentimos por la baldadita, ya se hubiera ido á otro pueblo donde no la conocieran.

Conté entonces á mis buenas amigas el desabrimiento con que me contestó la anciana, y, no lo extrañe usted, me dijeron; Paula es una criatura tan singular, que teme más una alabanza que un insulto. Antes decia á la niña que sus padres estaban en Barcelona, y á ella la tenían aquí para que se curara. Pero á medida que iba creciendo, extrañaba que no vinieran á verla nunca, y ahora le dice que se hallan en unas tierras muy lejanas, donde trabajan y suspiran por ella. Jamás estrena un juboncito ó unas sayas, que no le diga que es su padre ó su madre quien se lo envía, y sin cesar le repite cuánto cariño y gratitud les debe. Ahora la lleva cada semana á Barcelona á que la vea un médico muy entendido que, segun dicen, les da muy buenas esperanzas. Aquí todas rezamos para que se cure, acabó

diciendo la buena mujer; todas quisiéramos que nuestras hijas tuvieran en sus juegos una compañera tan dulce y bondadosa como Angela.

Averiguado cuanto deseaba saber, despedíme de aquellas buenas gentes, sin olvidarme de reiterar al gracioso gaterilla mi promesa del cochecito.

Dejé vagar mis pasos á la ventura. La dulceísima mirada y melodioso acento de mi querida niña, el conmovedor relato de la modesta y generosa abnegación de la abuela, las agasajadoras frases de las sencillas campesinas y hasta las caricias del rapazuelo; ese cúmulo feliz de tiernas y gratas emociones que en ménos de una hora experimentara, henchian y regocijaban mi corazón, que acaso nunca se habia sentido tan feliz como en aquellos momentos. Sin saber cómo, me hallé en el umbral de la casita de Angela; pero ni ésta, ni la anciana, ni el carrito estaban allí. Empujé la entornada puerta, y entré en la aseada cocinita; no habia nadie tampoco. Llegué hasta la segunda pieza que, junto con la anterior, componian toda la casa. Aquí cautivó mi atención una camita-sofá de hierro pintado de azul con botones dorados: una primorosa y blanca colcha de punto la cubria, y sobre ésta descansaba la vuelta de la immaculada sabanita guarnecida con una randa; la misma labor adornaba la funda de la almohada y las cortinas de percal listado de blanco y azul que casi ocultaban el lecho: éste tenia dos mullidos colchones y una alfombrita á los piés.

Casi tan bella como la niña que llevaba su nombre, era la pintura del santo Angel de la Guarda que junto al mismo se descubria, colocado de modo que la enfermita pudiera contemplarle, aun quedando resguardada por las anchas colgaduras. A corta distancia habia una mesa de caoba barnizada, con un vaso lleno de flores y algunos juguetes. En el rincón, que desaparecia detrás de la puerta, veíanse, ó más bien se ocultaban, dos banquillos y tres tablas que sostenian un grosero jergón, todo cubierto por una colcha de percal muy limpia, pero de la cual no se podia averiguar el color con que salió de la tienda; este debia ser el lecho de la anciana. Daba luz al aposento una ventana con vistas al campo, y en ella se columpiaba una primorosa jaulita con un gilguero.

El gracioso pajarillo dormia con el piquito bajo el ala; pero despertó al rumor de mis pasos y saludóme con tiernísimos pios, tomándome sin duda por alguna de sus simpáticas dueñas. ¡Qué bien me sentia en aquel tranquilo y poético albergue! ¡Qué dulce calma se disfrutaba allí! Ignoro el tiempo que Paula y Angela tardaron en volver; pero á ninguna de las dos sorprendió mi visita: parecia que me tomaban por persona de la casa. La primera dejó á un lado el carrito, y adelantóseme murmurando con su brusco acento:

—Ya me han dicho que una señora se hallaba en animada plática con Manuela, y supongo que ésta habrá charlado por los codos, contándole á usted mil enredos.— ¡Paula! dije, tomando una de sus manos entre las mias.

A pesar de sus esfuerzos, la anciana se conmovió visiblemente: algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos, y la inefable sonrisa, que iluminó su semblante, hizo patente la angelical bondad de su corazón. Pero reponiéndose al punto, me señaló la niña, suplicándome que callase.

¡Cuánta delicadeza en aquella mujer, en la apariencia tan tosca! ¿Quién había dicho á la rústica é ignorante campesina que mantuviera el amor filial, vivo y perenne, en el corazón de su nieta, aún á costa de la gratitud que le debía á ella misma?

Nadie: como nadie le había dicho tampoco que adornara su camita de azul y blanco, y pusiera á su lado el Angel patron y guardian de la niña, y colocara flores en su mesita y un pajarillo en la ventana.

¡Y dirán que no hay sentimiento, que no hay delicadeza y poesía en esos seres que no han recibido esmerada educación, ni ostentan ricas maneras y frases cultas! Pero en esos seres las virtudes y los sentimientos brotan espontáneos, y viven ignorados de los mismos que las poseen. Modestas florecillas ocultas entre la yerba, en las que no repara el viajero, aturdido y descuidado, pero que envían á Dios su perfume, tanto más puro y suave, cuanto no se halla confundido con ese otro incienso vano y efímero de las alabanzas del mundo, que tanto temia la modesta y generosa Paula.

Cuantas veces volví á ver á mi querida niña ya no la consideré desgraciada, y aún se me ocurrió sospechar que había de ser envidiable la existencia de la dulce é inocente criatura, que dormía de noche en aquella camita tan linda y primorosa, bajo las alas del Angel de la Guarda, y descansaba de día en los brazos de su noble y amante compañera, reclinada sobre aquel corazón de más valía que todos los tesoros del universo.

Pronto vino el invierno y dejé el pueblecito, y no tardé mucho en salir de Cataluña.

A mi regreso he pensado con frecuencia en visitar á mis simpáticas amigas. ¿Por qué no lo he puesto aún por obra? Porque yo he rogado á Dios fervorosamente por la curación de Angela... Pero cuando recuerdo su serena mirada, que reflejaba un alma grande y valerosa, temo llevarme un terrible desengaño y aplazo el cumplir mi propósito. Porque yo sé que Dios quiere á esas almas muy cerca de su trono, y, como á su divino Hijo, les convierte la cuesta de la vida en áspero y cruento Calvario.

AURORA LISTA DE MILBART.

(De *La Defensa de la Sociedad.*)

¡POBRE ANCIANO!

BALADA.

Los huracanes zumban furiosos por los montes,
 Desátase en torrentes la ronca tempestad,
 Cien rayos iluminan los negros horizontes
 Y sangre mis piés vierten: ¡abrid por caridad!
 Yo soy un pobre viejo sin pan y sin abrigo,
 Mis ojos, ya sin llanto, los de un cadáver son;
 ¿Por qué no se apiadaron del mísero mendigo
 Del mundo los dichosos? ¿No tienen corazón?
 El dulce y triste niño de pálidas mejillas,
 Que duerme entre mis brazos, ¡ay Dios! va á perecer;
 Sus miembros se han helado, desnudo, sin mantillas;
 Decid, ¿por esta noche podréisnos recoger?
 —Entrad en mi cabaña; no más lloreis, anciano;
 La leña ya encendida os prestará calor,
 El heno, muelle cama; venid, entrad, hermano;
 ¡Así palacio fuese la choza del pastor!
 —¡Palacios! ¡Dios piadoso! Bastantes he corrido
 Pidiendo para el niño con lágrimas el pan.
 —¿Y pan os dieron?—Nunca; no me han compadecido;
 Tal vez no comprendían lo acerbo de mi afán.
 —Con pecho más tranquilo rezad en mi cabaña
 Por el que mal os hizo, por el que os haga bien;
 Y el Dios á cuyo acento retiembla la montaña,
 Oirá vuestra plegaria, si le pedís con fé.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

(De *El Eco de Europa*.)

ERRATA. En el número 167, el artículo que se titula «Un recuerdo de viaje» dice en la firma, *Angela Granes*; léase, *Angela Grassi*.

ÍNDICE DEL TOMO SÉTIMO.

	<u>Páginas.</u>
En nombre de los heridos.....	1
Una buena idea, por uno de los redactores.....	1
La compasion, por Esperanza.....	6
Caridad Valenciana, por Fausto.....	7
Las casas de socorro en París, V.....	9
Cuadros de la guerra. XVIII, por Concepcion Arenal....	11
A la paz, poesia, por Emilia Mijares de Real.....	15
En nombre de los pobres á.....	17
En nombre de los heridos.....	17
Vicio, delito y crimen, por Concepcion Arenal.....	18
Pedro, por Fausto.....	22
Penitenciaria para jóvenes delincuentes, por Concepcion Arenal.....	26
Cuadros de la guerra. XIX, por Concepcion Arenal....	28
Cuenta de ingresos y gastos del décimo semestre.....	32
En nombre de los heridos.....	33
En nombre de los pobres á.....	33
Las víctimas del trabajo, por Concepcion Arenal.....	34
Amor y odio, por Fausto.....	38
Cuadros de la guerra. XX, por Concepcion Arenal.....	41
Un verdadero amigo de los pobres, por Micaela de Silva.	45
Cuenta de ingresos y gastos del undécimo semestre....	48
En nombre de los heridos.....	49
En nombre de los pobres á.....	49
Las víctimas del trabajo, art. 2.º, por Concepcion Arenal.	49
Necrología, por Fausto.....	53
Cuadros de la guerra. XXI, por Concepcion Arenal....	53
Un verdadero amigo de los pobres, <i>continuacion</i>	57
El anillo de rubies, fábula, por Angel Lasso de la Vega.	63
En nombre de los heridos.....	65
En nombre de los pobres á.....	65
Todavía hacen falta hilas.....	66
Cuenta de la inversion de los donativos recibidos en esta Redaccion para los heridos en campaña, por Concep- cion Arenal.....	67
Decreto sobre beneficencia, por la misma.....	72
Dolores y consuelos, por Fausto.....	75
Cuadros de la guerra. XXII, por Concepcion Arenal....	78

En nombre de los heridos.....	81
Juguetes para niños pobres, por Concepcion Arenal.....	81
No estamos ya solos, por Fausto.....	83
Cuadros de la guerra. XXIII, por Concepcion Arenal.....	87
Un verdadero amigo de los pobres, <i>continuacion</i>	91
En nombre de los pobres á.....	97
En nombre de los heridos.....	97
Nuevo proyecto de cárcel, por Concepcion Arenal.....	97
La pereza, por un Madrileño.....	101
Discurso de un diputado, por Fausto.....	105
La Maceta y la María, por el mismo.....	106
Un verdadero amigo de los pobres, <i>continuacion</i>	110
En nombre de los pobres á.....	113
En nombre de los heridos.....	113
Otras dos tumbas.....	114
El congreso de Stokolmo, por Fausto.....	115
Enterrar á los vivos, por Concepcion Arenal.....	118
Impresiones de un paseo, por Emilia M. de Real.....	120
Un verdadero amigo de los pobres, <i>conclusion</i>	123
Un nuevo colega, por C. Arenal.....	126
Para los pobres, poesía por F. Llorente.....	127
Cárcel modelo, por Concepcion Arenal.....	129
Una obra humanitaria.....	135
Exposicion internacional de higiene y salvamento, por Concepcion Arenal.....	142
En nombre de los heridos.....	145
La mendicidad, artículo 1.º, por Concepcion Arenal.....	145
El hospital de niños pobres.....	149
Ley de enagenados, por Fausto.....	151
Revista de Madrid, por B.....	154
Del suicidio, por P. A. de Alarcon.....	158
En nombre de los pobres á.....	161
La mendicidad, artículo 2.º, por Concepcion Arenal.....	161
Cuadros de la guerra, por Concepcion Arenal.....	163
El rapacin, por Fausto.....	166
Un pequeño reparador, por Joaquina G. Balmaseda.....	171
En nombre de los pobres á.....	177
La mendicidad, artículo 3.º, por Concepcion Arenal.....	177
Sevilla caritativa, por Fausto.....	180
El egoismo, por Esperanza.....	186
Revista de Madrid, por B.....	188

Pensamientos morales.....	192
Los suicidas, por Concepcion Arenal.....	193
Contestacion á Fausto, por José de Olózaga.....	197
El rapacin, <i>continuacion</i> , por Fausto.....	200
Un drama en una jaula, por Concepcion Arenal.....	204
Pensamientos morales.....	208
En nombre de los pobres á.....	209
Amor á la ciencia y amor á la patria, por Concepcion Arenal.....	209
Los niños, por Emilia M. de Real.....	211
El rapacin, <i>conclusion</i> , por Fausto.....	214
La envidia, por Esperanza.....	217
Sociedades cooperativas en Inglaterra y en Bélgica, por C. M. Perier.....	225
El mal humor, por Fausto.....	227
Sociedades cooperativas en Inglaterra y en Bélgica, <i>conclusion</i>	234
El señorito improvisado, por C. M. Perier.....	236
La muerte y el sueño, por E. M.....	239
En nombre de los pobres á.....	241
El fuego, por Concepcion Arenal.....	241
Una familia modelo, por Fausto.....	246
El señorito improvisado, <i>conclusion</i>	249
El peregrino, por J. G. Lopez Quesada.....	254
La pequeña bienhechora, por E. M.....	255
¿Por qué no se van al hospital?, por Concepcion Arenal.....	257
Una conversacion, por <i>el Madrileño</i>	259
Actos de honradez, por Fausto.....	263
El Canadá y las religiosas francesas, por M. B.....	265
A María Victoria, por Concepcion Arenal.....	273
El trabajo de caridad, por Fausto.....	274
La pereza, por Esperanza.....	278
Las buenas obras, por M. B.....	280
Los infelices, poesia por F. Llorente.....	284
¿El alto salario es el bienestar del obrero?, por Concepcion Arenal.....	289
La probidad, por E. M.....	292
Los placeres, por M. B. y P.....	297
Los infelices, <i>conclusion</i>	299
En nombre de los pobres á.....	305
Las inundaciones, por Concepcion Arenal.....	306

Suscripcion á favor de los pobres que las inundaciones han dejado en la miseria.....	307
Noche-buena y noche-mala, por Fausto.....	308
La Epifanía, por Micaela de Silva.....	312
Consecuencias morales de las cosas físicas, por Concepcion Arenal.....	315
El fin del año, por F. y P.....	318
En nombre de los pobres á.....	321
Suscripcion á favor de los pobres que las inundaciones han dejado en la miseria.....	322
Un baile en París, por Fausto.....	322
La Constructora Benéfica.....	325
El trabajo de la mujer, por M. B.....	331
¡¡Año Nuevo!!, por Manuel Aragó.....	334
En nombre de los pobres á.....	337
Suscripcion á favor de los pobres que las inundaciones han dejado en la miseria.....	337
¡Pobre Candás!, por Concepcion Arenal.....	338
Los beneméritos de la humanidad, beneméritos de la patria, por la misma.....	341
Un proyecto del Sr. Pareja y Alarcon, por Fausto.....	344
Código internacional de señales, por Concepcion Arenal.	345
Mas incendios, por A.....	349
Dar la mano al caido, por Concepcion Arenal.....	351
En nombre de los pobres á.....	353
Interpretacion de un sueño, por Concepcion Arenal.....	354
El siglo XX, por Fausto.....	357
Un recuerdo de viaje, por Angela Grassi.....	361
Junta de reforma penitenciaria, por Fausto.....	365
Un rincon de Bicetre.....	366
Moral médica, por Concepcion Arenal.....	369
La locura, por Fausto.....	373
Angela y Paula, por Aurora Lista de Millar.....	377
¡Pobre anciano!, balada por Ventura Ruiz Aguilera.....	384